



ASCABELITOS

DEL NÚMERO 1.022

DEL CASCABEL.

BELLAS ARTES.

SUMARIO DEL NÚMERO 1.022.

I.—DEL NÚM. 1.021 AL NÚM. 1.022: M. Jorreto.

II.—LA MADRE: F. Cáceres Plá.

III.—LA MALDITA VANIDAD: Carlos Frontaura.

IV.—TIPOS POPULARES.—EL CATA-SALSAS: M. Carrillo de Albornoz.

V.—UNA OFICINA DE COLOCACIONES: Federico de la Vega.

VI.—SONETO: Patrocínio de Biedma.

VII.—CUESTION DE NOMBRE: Antonio de Trueba.

VIII.—DOS LLAMAS: M. Jorreto.

IX.—SUEÑOS: F. Alvarez Uceda.

X.—EL AVARO: E. Macragh.

Nota.—Anuncios.—Cascabelitos.

EL CASCABEL.

Este antiguo y acreditado periódico se publica hoy en cuadernos de 20 páginas cada quince días, siendo el único en su clase en toda España.

Escriben en él los más distinguidos autores y dá regalos á los suscritores, consistentes en billetes de lotería, cuadros, libros, etc. Su contenido es eminentemente moral, y la suscripcion cuesta una friolera:

Un año 30 rs.—6 meses 18.—Tres meses 10.

Un número suelto, 1 real.

Número suelto de los CASCABELITOS, 2 cuartos.

Por mayor á precios convencionales.

Al que proporciona 10 suscripciones le regala una.

ADMINISTRACION: MADRID, CALLE MAYOR, 125.

MADRID, 1877. AÑO XVI. NÚM. 1.022.



LA PINTURA.

CASCABELITOS.

Como EL CASCABEL es ya un señor mayor, que cuenta nada menos que 17 años de vida, se ha vuelto tan formal, que se incomoda cuando se tiene con él alguna broma. Así es, que no ha habido más remedio que separar de él los asuntos ligeros, y formar con ellos una sección titulada CASCABELITOS, como si dijéramos, hijos del CASCABEL. Chistes que nos cuenten, que leamos ó que inventemos, pasatiempos de todas clases, caricaturas; todo esto serán «Cascabelitos,» que formarán al año un caprichoso libro. Vamos á empezar, porque si no se vá á llevar la explicación todo el papel.

ORDENANZAS.

Vean ustedes la 27 de unas municipales que en nuestro viaje por Castellon, hemos *admirado* en un pueblo de su provincia:

«El alcalde prohibirá las músicas, cantares y rondas cuando lo creyere conveniente, y multará á los que alboroten ó relinchen, etc....»
«cuando se quiera por alguno disparar fuegos artificiales, tracas, cohetes, corridas de toretes ó baquillas, bailes públicos ú otra clase de diversiones, etc....»

Bueno es viajar, porque estando uno encerrado en Madrid, solo vé disparar un hombre-proyectil, pero en la provincia de Castellon se dispara lo mismo un cohete que una corrida de toros ó un baile público.

En cuanto al *relinchen*, no hay que echar la culpa al autor de las ordenanzas, pues es sabido que, por aquellos pueblós, se interrumpe de cuando en cuando el silencio de la noche por los relinchos que dan los mozos, para avisar á sus Filomenas que las esperan llenos de amor debajo de su ventana, y más de una vez alguna de ellas se ha encontrado al abrirla, con las orejas de algun pacífico rocinante.

GRAMÁTICA.

Ya sabrán ustedes cómo en las principales capitales se celebran ferias, las cuales, en España, si no tienen sus toritos correspondientes, no son ferias ni son nada. También sabrán ustedes que los señoritos no pueden pasar por bien educados ni valientes, si no echan su cuarto á espaldas dando su corrida, por más que lleven 30 revolcones en la arena.

Uno de estos escribía á un amigo suyo días pasados:

«Cerido Gulío: cema esos livrosqe tantoles dega tede de esos tontos Cerbantes y Vlamés, core toros i serras aplaudido comoio qe cori ahier uno de 04 harovas.» (¡!)

Pues no crean ustedes, come pan; bien es verdad que es por misericordia de Dios.

TALENTO.

Habia un alcalde á quien un amigo suyo regaló un precioso baston con puño de oro cincelado.

El baston era muy alto y el alcalde le hizo cortar el puño y cuatro dedos más.

A los pocos dias el amigo se encontró al alcalde; miró el baston y exclamó encolerizado:

—¡Cómo! ¿le ha quitado V. el puño?

—Era muy alto para mi mano.

—Más ¿por qué no le ha cortado V. por abajo?

—¡Toma! porque era de arriba de donde le sobraba!...

VALIENTES.

Cerca de San Feliu de Llobregat cinco hombres robaron á cuarenta viajeros hace pocos dias. Vean ustedes aquí reproducido aquello de los 500 gallegos que se presentaron al juez quejándose de que dos ladrones les habian robado en el camino y, como el juez les preguntase por qué se habian dejado robar, ellos respondieron:

—Señor, ¿qué habíamos de hacer, si íbamos solos?

ADELANTOS.

En Puente Mayor, una mujer ha parido una criatura que tiene todos los dientes.

Algun dia nos encontramos con que un recién nacido viene ya con un título de doctor debajo del brazo, ó á caballo con uniforme, armas, etcétera, dispuesto á ponerse al frente de un ejército.

EL ALMUERZO.

Un pobre estudiante se turbó á la primera pregunta del examinador y no pudo responder en el acto sobre la cosa más sencilla.

El catedrático, de mal génio, llamó á un bedel y le dijo:

—Traiga V. un costal de paja para el señor.

Y recobrada la presencia de ánimo, replicó el chico:

—Traiga V. dos: almorzaremos juntos.

CHARADAS.

I.

¿Ignoras quién *prima terciados*, teniendo *todos* cuántos?
Quien *prima dos tres* y el mio lo sé yo sin tener tantos.

II.

Díme, lector amado,
pues yo lo ignoro,
si la *tercia dos prima*

EL CASCABEL

PERIODICO LITERARIO ILUSTRADO—DOS NUMEROS AL MES DE 20 PAGINAS

SE SUSCRIBE REMITIENDO 30 RS. POR UN AÑO, 18 POR SEIS MESES, 10 POR TRES, UNO POR CADA NÚMERO SUELTO Y 16 POR CADA VEINTICINCO

Á SU DIRECTOR—PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.—MADRID, CALLE MAYOR, 123.

DEL NÚM. 1021 AL NÚM. 1022.

Los grandes inventos que se dibujan en los CASCABELITOS de este número, demuestran que van quedando en el mundo pocas cosas imposibles, y, como se refieren á otras que antes por tales las teníamos, resulta que acostumbrados á estas sorpresas que á cada momento nos dá la aplicacion de las ciencias y de las artes, el dia de mañana, cuando nos digan que se ha inventado una máquina en la que echando cangrejos salen onzas de oro, no habrá más remedio que creerlo, como se suele decir, á *pié juntillas*.

Pero ¿quién ha de creer que al director de un periódico le cueste menos hacer un viaje de ida y vuelta á cualquier punto apartado de Madrid, por ejemplo á Valencia, que escribir á los corresponsales que en dicha capital tenga y recibir contestacion de ellos?

Y sin embargo, así sucede. Voy á echar las cuentas y verán ustedes, aprendiendo de esta manera á hacer viajes baratos.

Supongan ustedes que tienen solamente diez corresponsales en dicha poblacion. Pues bien; 10 cartas cuestan á ustedes 50 rs., porque si han de llegar con seguridad, no hay más remedio que certificarlas.

Si los corresponsales les contestan, han de descontar el correo, que ha de ir á cargo de ustedes, y si, como es regular, han de enviar importe de suscripciones, no hay tampoco más remedio que certificar las cartas; ya tienen ustedes otros 50 rs., que con los anteriores, hacen 100 rs.

Pues bien: ahora vamos á hacer el viaje. Van ustedes á la estacion: toman un billete de primera clase de fèria, dan por él 7 duros, se arrellenan en el fondo de un departamento y se dejan llevar, que el negocio irá saliendo solo.

Por supuesto, lleven ustedes merienda pre-

parada, porque, si no la llevan, acosaráles la necesidad en cualquier estacion y entonces ya no hay negocio posible, si es que en la fonda han de comer hasta verse satisfechos.

Llegan ustedes á Venta la Encina, y al parar el tren, ya asomará á la ventanilla la cabeza de algun *ché* que preguntará á ustedes furtivamente si le venden las vueltas, lo cual quiere decir el medio billete para volver de Valencia á Madrid.

Usted se *hace de rogar* para sacar el mayor partido posible, el cual llega hasta seis duros, que, adelantándole el comprador un par de ellos en señal, paga á usted religiosamente en el momento de llegar á la poética ciudad de las torres, como Castelar llama á la de Valencia.

Y vean ustedes aquí ya realizado el viaje de ida por 20 rs.

Vé usted á sus corresponsales, evacua con ellos sus asuntos, liquida, cobra y se va á la estacion. Allí espera usted á que suene el pito que indica la salida del tren y puede usted contar con seguridad que habrá quien, por medio duro, le ofrezca un billete de segunda para Madrid.

Total:

El viaje.....	30	rs.
El correo.....	100	"

Resulta pues una diferencia de 70 rs., haciendo el viaje en vez de escribir las cartas, con cuyos 70 rs. puede usted, siendo por supuesto muy económico, estar cuatro dias en Valencia y ver las espléndidas iluminaciones y los magníficos pabellones de su fèria, que no tendria rival en España, si la inoportunidad de los fuegos artificiales que encienden sobre las narices de los concurrentes, permitiera disfrutar con sosiego de aquella fantástica y deliciosa Alameda á los que no estamos acostumbrados á las peligrosas aficiones pirotécnicas del pais.

*
*

Viendo esta cuestion tan clara y teniendo necesidad de ver tambien á mis corresponsales, emprendí yo dicho viaje á Valencia, que puede hacerse lo mismo á Barcelona, á San Sebastian, Santander ó á Sevilla en tiempo de fèria, y como el personal de la Administracion Cascabelera se ha quedado reducido á mi humilde persona, cargué, como si dijéramos, con EL CASCABEL á costas, diciéndome al encaminarme á la estacion aquello de *omnia mea mecum porto*.

*
*
*

Por otro lado, no estaba de más el viaje: Madrid ardía, mi cuerpo estaba hecho un fósforo y yo necesitaba darme tono saliendo á veranear, para que *La Correspondencia* dijera que el Director, nada menos que del CASCABEL, *salía por la línea de Valencia*, así como si dijéramos por una gotera ú otra cosa por el estilo.

*
*
*

Nada diré á ustedes de las cosas que he visto en mi viaje, porque ¿quién que se precie de ser persona de buen gusto, vive sin haber visto la Atenas del Mediterráneo, la poética ciudad cuna de Gil Polo, Ausias March, Juan de Juanes, etc.? Por supuesto, (y esto no lo digan ustedes á nadie, no sea que allí lo sepan y le tomen ódio al pobre CASCABEL), muchos años hace que murieron, y todavía no han merecido una pequeña estatua que perpetúe su memoria. Sin embargo, al dia siguiente de ser cogido Frascuelo, no se podia pasar por la calle de Zaragoza; la calle estaba materialmente atestada de gente.

—Qué será, decia yo para mi CASCABEL, que no siempre ha de ser para mi capote.

Encaraméme como pude, con peligro de ser aplastado por la multitud que componia aquella impenetrable masa de carne humana, y despues de perder el sombrero y hacerse mil girones mi levita, conseguí que mi cabeza dominara sobre las demás; miré donde todos miraban, á un escaparate, y en él ví.... la estatua de Frascuelo, conmemorativa de la cojida que tuvo la tarde anterior.

Gil Polo, Ausias March y Juan de Juanes, no tienen derecho á quejarse; ¿quién les mandaba escribir coplas ni pintar monigotes, con lo

que no podrian conseguir mas que ser unos personajillos de tres al cuarto?

*
*
*

De lo que sí deseo decir á ustedes algo, es de la nota que al final del presente número se inserta.

La empresa que desde Abril venia publicando EL CASCABEL, ha terminado con el pasado mes de Julio, quedando desde 1.º del presente Agosto, como único y exclusivo propietario del periódico, el que tiene el gusto de dirigir á ustedes *la palabra*.

Convencido de que por las razones poderosísimas que en ella se citan, pero especialmente por el aumento de las tarifas de correos, la vida del CASCABEL es imposible, como ustedes comprenderán, al precio de 12 rs. al año, les ruego no extrañen la resolucion que se toma y accedan á lo que en dicha nota se establece, pues EL CASCABEL desea quedar organizado definitivamente y llegar á manos de ustedes en dias fijos con órden y concierto.

Al fin bien poco es lo que se pide á ustedes, y en cámbio, ademas de tener un periódico elegante como EL CASCABEL, que es hoy el único de su índole en España, ¿quién sabe si cualquier dia podrá ser la base de la fortuna de ustedes?

Confía pues en la excesiva bondad de sus suscritores, á quienes anticipadamente les dá las gracias y les asegura que hará cuanto pueda por complacerles

El Director,
M. JORRETO.

*
*
*

LA MADRE.

¿Quién no siente en su corazon un grato consuelo al pronunciar nombre tan cariñoso? Qué hijo no corresponderá al puro cariño que su madre le profesa; la que como un ángel tutelar constantemente le protege y cobija bajo sus alas, al menor asomo de peligro?

¿Qué poema de inexplicable felicidad no envuelve el primer beso que el amor maternal imprime en nuestra frente? y qué dulzura, por último, no encierran las infinitas caricias que la madre prodiga á su pequeñuelo en su regazo?

Todo lo que pudiera decirse para expresar

el verdadero sentido de esta palabra, sería insuficiente; su mismo nombre entraña un mundo entero de dulzura y felicidad: esta expresión ¡madre mía! que encierra un sentimiento indefinible, que parece que brota del fondo de nuestro corazón, es la síntesis del más puro amor sobre la tierra.

Una de las epopeyas más sublimes que el Cristianismo registra en sus brillantes páginas, es la completa regeneración de la inmunda abyección en que la tenían los pueblos antiguos. En efecto, la organización de aquellas sociedades no solamente se oponía á que la madre pudiera llenar su legítima misión, sino que por el contrario, le negaba hasta la condición de persona, y solo la consideraba como una cosa sujeta al comercio de los hombres. El Cristianismo, repito, sacándola de aquella condición miserable y elevándola de humilde esclava, á compañera del hombre, hizo de ella un elemento poderoso que regenerando los vínculos de la familia, y llevando á su seno un germen fecundo de moralidad y sentimiento, fuese también causa de progreso, y origen de sociabilidad.

La madre, al sentir un nuevo ser agitarse en sus entrañas, parécela cubrir una doble aureola de gloria, y en el instante mismo que este ser vé la luz por vez primera, no cuida de sí, solo vive por su hijo y para su hijo, toda su felicidad la cifra en la cuna en que éste descansa, donde perenne observa sus menores deseos, pronta á satisfacerlos, y si se quiere conocer hasta que término llega su amor y cariño maternal, hágase la más leve demostración hostil hácia aquel pedazo de su corazón, y á la mujer dulce y afable, toda amor y casi deposeída de fuerza material, la vereis convertirse en furiosa leona al arrebatarse su cria. Este egoísmo filial efectúa una completa metamorfosis en el carácter de la mujer; á los goces y diversiones que el mundo le ofrecía, sucede la calma del hogar doméstico, y en su rostro vemos grabada la más pura alegría, al verse rodeada de todos sus hijos, ó bien acariciando al más pequeño entre sus brazos, tierno cuadro que la pluma no puede describir, y que solo la dulzura de un Rafael pudiera trasladar fielmente al lienzo. Cariño entrañable, el cual hace que presenciemos algu-

nas veces escenas llenas de poesía y sentimiento entre los esposos, por disputarse una caricia, un beso del tierno infante que ya comienza á balbucear los nombres de sus queridos padres: y es notable sobre este punto la respuesta que Agesilao, rey de Esparta, dió á uno de sus cortesanos que se admiró de verlo acompañando á sus hijos en sus pueriles juegos:

—«¿Tienes hijos?» le preguntó el rey.

—«No,» contestó; «pues hasta que los tengas no formes ningún mal juicio sobre lo que en mí acabas de ver.»

El padre, como jefe que es de la familia, ejerce en ella una completa autoridad, abrogándose, por consiguiente, el derecho de gobernarla y castigarla; mas la misión de la madre es muy distinta; y como quiera que es noble y grande, que encierra una abnegación sin límites, está llena de gravísimas dificultades. De la educación é ideas que fijan en el corazón de sus hijos, depende el porvenir de la sociedad; si les imbuís ideas contrarias á la moral, si desde un principio no se guían sus pasos por un recto camino, bien pronto se experimentarán sus funestos resultados; mas si desde tierna edad les infiltráis las sábias doctrinas del bien y de la verdad, y si practican las teorías que vuestro corazón les infunde, vereis recompensados vuestros cuidados y afanes, pues serán el consuelo de vuestra ancianidad, y la sociedad contará con honrados ciudadanos.

Jamás vereis que madre alguna, encuentre tacha ó imperfección en sus hijos; si alguno olvidándose de los consejos maternales se entrega á los placeres con que el mundo le brinda, ved cuán solícita oculta los desvíos de su adorado hijo, cómo procura atraerle suavemente al buen camino; y por graves que sean sus faltas, siempre les dará un diferente sentido, y diligente se atreverá á desmentir las calumnias, para ella infundadas, que se propagaran respecto al hijo descarriado. Para esto el amor maternal cuenta con un arma, débil á primera vista, pero que es más fuerte que ninguna conocida y con la cual consigue desarmar el corazón más empedernido; las lágrimas, el llanto de una madre es sublime, ningún hijo, por ingrato que sea, puede permanecer impasible ante esas ex-

presivas gotas de rocío que conmueven todo nuestro sér, y que disipan las tinieblas en que nuestra alma se encuentra á veces sumergida. ¡Infelices algunas madres! qué recompensa reciben de sus hijos al acendrado cariño que les profesan, á tantos desvelos como por ellos sufren, y con qué indiferencia hacen algunos caso omiso del sér más noble de la tierra!

La historia de la humanidad nos presenta ejemplos varios de la influencia que ejercen en sus hijos, esos séres privilegiados. La madre de Coriolano desarmando con una sola súplica la cólera de su hijo, y hacerle desistir del propósito que tenia de destruir á Roma; la madre de San Agustín fortaleciendo el alma de su rebelde hijo contra los atractivos del vicio; la reina Blanca de Francia, inculcando piadosas doctrinas en el corazón del jóven Luis; María Antonieta de Austria viendo perecer á sus hijos en una oscura prision y arrebatárselos despues inhumanamente de su lado, nos presentan en todas sus fases el corazón de una madre.

Al referirse á la mujer, al pasar á tan noble estado, el ilustrado jóven Llanos Alcaraz se expresa con estas bellas palabras, que por el mérito que encierran, no puedo menos de transcribir:

«Vamos á entrar en un templo, dice, en el templo de nuestros primeros deberes, en el santuario de nuestras primeras afecciones en el mundo; mas para entrar debemos descubrirnos, inclinar la frente, y doblar la rodilla. Al hablar de los hijos, esposas y hermanos, puede haber quien escuche con indiferencia, porque puede no haber tenido hermanos, esposa, ó hijos. Pero quién no ha tenido madre?»

En efecto, ¿qué corazón no ha latido por esa dulce palabra? quién, siquier sea con balbuciente voz, no la ha pronunciado? Considero por el más desgraciado de los séres, á aquel que haya perdido prenda tan querida; su dolor debe ser inconsolable, inmensa su desventura, es la mayor afliccion con que Dios puede amargar á sus criaturas, y si no fuera porque nuestra sacrosanta religion encierra tan sublimes máximas para suavizar en parte los dolores terrenales, y hacer más llevadera esta vida de infortunio, la madre sucumbiria de dolor á la pérdida

del hijo de su corazón. Por eso no se concibe á la madre fuera del Catolicismo, religion que procura los más suaves lenitivos para los más acerbos dolores: Mr. Bonald lo ha dicho: «otra religion que no sea la católica, sienta mal al carácter de las madres, porque para la debilidad de éstas las demás religiones encierran demasiado orgullo.»

Los paganos, cuya religion no poseia consuelos suficientes para mitigar el sentimiento causado por tan sensible pérdida, observaban estas significativas costumbres. La madre que perdía á alguno de sus hijos, encerraba en la caja que ocultaba su inanimado cuerpo, varias monedas para que pagara á Caronte, barquero del Infierno, su paso por este lugar, y algunos alimentos para que comiesen en su tránsito; ó bien suspendían el cuerpo en las ramas de los árboles más floridos, persuadidas de que el delicioso aroma que el cáliz de estas flores despidiese, seria suficiente para despertar á sus hijos del sueño eterno en que yacían. ¡Tristes ficciones inventadas para conservar en las madres la idea de que con la muerte sus hijos pasaban á gozar de las dulzuras de otra vida mejor!

Tal es, aunque trazada á rasgos imperfectos, la figura más notable de la sociedad doméstica; esa hermosa mitad del género humano al pasar al noble estado de madre, cuyo corazón todo amor y ternura para su amado esposo y tiernos hijos, no aspira á otra recompensa para su bondad que paz y felicidad para toda su familia.

FRANCISCO CÁCERES PLÁ.

*
* *

LA MALDITA VANIDAD.

(CONTINUACION.)

Fernando debía volver á fin de año de los Estados-Unidos.

Ella le escribiría que apresurase su vuelta.

Fernando la habia escrito muchas veces que sus negocios iban perfectamente, y en todas sus cartas le prometia las mayores felicidades.

Lo que debía sentir era la muerte de su padre querido; en cuanto á su fortuna, Fernando vendria á ofrecer á sus piés otra más sólida, más segura.

¡Pobre Magdalena! En medio de su infortunio, lo único que no había perdido era la vanidad; lo que precisamente había de hacerla más desgraciada.

Si otra persona hubiese estado en aquellas circunstancias al lado de Magdalena, mucho habría podido influir con sus buenos consejos y sensatas reflexiones para cortar aquel vicio dominante en la hermosa huérfana; pero la marquesa del Rosal no podía dar consejos contra un vicio que ella misma tenía.

En vez de combatirlo había de estimularlo y alentarle de todas maneras.

Magdalena, bien aconsejada, hubiera hallado en la repentina ruina de su fortuna una enseñanza que le habría sido muy útil y conveniente, que habría modificado su carácter, haciéndola comprender que la vanidad es la pasión más miserable y mezquina de la flaca humanidad, y que sólo hay una vanidad estimable y provechosa: la de obrar bien.

Mas todo esto era griego para la marquesa del Rosal, cuyo retrato verá el lector en el capítulo siguiente.

III.

La marquesa del Rosal.

Seguro estoy de que mis lectores de Madrid conocen á la marquesa del Rosal, porque mujer más conocida que ella no se encuentra en la corte de esta monarquía democrática, por una temporada.

Las personas que no la han conocido antes de ser marquesa, creen sin duda que esta señora es una de las más ilustres representantes de la antigua nobleza española, al verla tan vana y altanera, porque tiene la buena de la marquesa toda la apariencia de una egregia matrona, de una de aquellas damas de quienes cuentan las crónicas altos hechos, y cuyas hazañas andan por ahí en dramas y leyendas.

Pero se equivocaría quien supusiera tan empingorotada nobleza en la sin par marquesa, porque yo sé de buena tinta que es hija de un honrado alabardero y de una no menos honrada planchadora, y nieta por parte de padre de un portero de las Caballerizas reales, y de un zapatero remendon por parte de madre.

Casó con el marqués del Rosal, miembro, aunque podrido de vicios, de la más pura aristocracia, y desde aquel momento renegó de su origen, y se aplicó á desempeñar su papel de dama principal con tal afán, que en verdad no había en Madrid quien la igualara en soberbia y elegancia.

No era así su marido, hombre llano si los hay, que no se preocupaba de su nombre ni de sus títulos, y se reía grandemente de todas las aristocracias del mundo, prefiriendo el trato de los boleros, y sobre todo de las boleras del teatro, y unas *mollares* y unas *manchegas* á la más entonada y elegante reunion, y una cena en los *Andaluces* al más suntuoso banquete de Palacio. Gustábanle mucho las mujeres, las *jembras*, como él decía democráticamente, pero no las que vestían raso, encajes y terciopelo, sino las que usaban el modesto percal, el pañuelo en la cabeza, ó la mantilla de tira, y sobre todo las de vida airada. Estas eran su encanto, y muchas veces se le veía en la calle de Sevilla departiendo amistosamente con alguna moza buena ó mala, que á veces le decía *guason*, *chavó* y otras frases que, si no eran del mejor gusto, demostraban la confianza y cordialidad con que la buena moza distinguía al marqués del Rosal.

En las reuniones de las gentes de su clase, rara vez se le veía; pero se le podía encontrar en casa del *Cabo*, hombre de mucha fama, llamado así porque había llegado á ese grado en la Milicia nacional, y hecho todo género de heroicidades, á fuer de patriota, que tenía una casita de juego en la plaza del Angel, ó en la partida del *Cuco*, que era otro empresario de *monte*, ó en la de la viuda de Garduña, que también tenía un poquito de juego en su casa, favorecida por las más empedernidas cucas de Madrid, y malas lenguas decían que también solía concurrir el marqués á la tienda de vinos del Sevillano, en la calle de Gitanos; establecimiento de gran fama por la singular habilidad con que el Sevillano componía, asaba y empanaba las chuletas y freía las calandrias, que era cosa de chuparse los dedos de puro gusto.

No sé en qué lugar conoció el marqués á

Catalina Lopez, que así se llama la marquesa; enamoróse perdidamente de ella, y ella, que era muy ladina, supo capearle y marearle de tal modo que, sin pedir consejo á sus parientes, y menos darles cuenta de su intento, se casó el marqués con Catalina una mañanita en la parroquia de San Marcos, con gran aplauso del barrio, donde era muy popular la desposada, y con gran escándalo de la aristocracia, tan mal representada por aquel loco de atar.

Y entónces fué cuando al marqués le dió gana de frecuentar la alta sociedad para presentar á su mujer. Parecía como que tenia empeño en mortificar y humillar á los de su propia clase.

Catalina fué recibida porque no habia otro remedio, toda vez que era la esposa legítima de uno de los más nobles individuos de la grandeza, pero fué recibida con visible prevencion y significativo desden; y como Catalina, si bien no tenia nada de noble, tampoco tenia pelo de tonta, formó empeño en destruir aquella antipatía, y llegó al fin á conseguirlo, acreditándose de discreta y elegante.

En aquel matrimonio, ella, la hija del pueblo, parecia la noble aristócrata, la gran señora, y él, el ilustre vástago de la más linajuda nobleza, parecia un digno descendiente de una dinastía de traperos del Rastro.

Al año de casados, el marqués habia vuelto á sus aventuras callejeras y á sus amistades de *timba*; y Catalina Lopez era uno de los más preciados encantos de la sociedad de buen tono de la corte.

Un dia, tres años despues, el bueno del marqués del Rosal tuvo gusto en ir á ver traer unos toritos de Colmenar que habian de ser lidiados en la plaza, en una corrida extraordinaria, que traia, antes de verificarse, entusiasmados á todos los aficionados, y por señas que á la puerta del despacho de billetes hubo tales apreturas que algunos quedaron malparados, y un jóven murió materialmente ahogado entre la multitud.

Pues, como digo, fué el marqués á caballo con los encargados de traer los toritos desde el sitio de su nacimiento, y delante de los cabestros venia muy ufano, cuando el caballo, al ver

un árbol más corpulento que los demás del camino, dió asustado un brinco, que tan descuidado cogió al jinete que en el suelo dió con su cuerpo, despedido de la silla como si hubiera sido un costal.

Cayó el marqués delante de los cabestros, que pasaron saltando sobre él y respetándole, como era su deber, pero uno de los toritos de Colmenar detúvose, le olió, y luego bajando la cabeza, dió una vuelta al marqués y siguió su camino.

Cuando levantaron al pobre hombre, vieron que tenia una herida en el costado, y que de la cabeza le salia abundante la sangre.

Y el dia de la corrida extraordinaria, Catalina, que habia confeccionado y regalado la divisa más elegante que se vió en la plaza, la misma precisamente con que fué engalanado el toro de que habia sido víctima el marqués, quedaba viuda y dueña de sus acciones, bien que nunca habia dejado de ser esto último, toda vez que su marido vivió en completa libertad y muy contento con que su mujer tambien gozara del mismo beneficio.

La marquesa heredó á su marido; este habia hecho testamento en los primeros dias de su matrimonio, no porque pensara morir, sino por dar una prueba de su afecto á la esposa, y considerando acaso que cuando él se muriera ya no tendria un cuarto: tal era el desarreglo en que vivia.

Tenia el marqués muchas deudas, y en el más completo desórden sus asuntos. Catalina puso órden en todo, pagó lo que debia su marido, y le quedó despues una renta de treinta mil reales, poco para la posicion de la marquesa en la sociedad, pero lo suficiente para una mujer como ella, que podia sostener su rango con muchísimo menos que otra, gracias á su sistema de vida, que explicaré si al lector no le parece pesada la lectura de estas páginas.

La marquesa era recibida en todas partes, y no sólo recibida, sino estimada y agasajada por todo el mundo. Su amistad era codiciada por las principales damas, porque habia tenido el singular acierto de hacerse amable y simpática para todas. Estudiaba el carácter de sus amigas y ponía todo su empeño en halagar

los gustos y aficiones de cada una, con lo cual siempre estaba acorde con todas, y todas se hacían lenguas de su talento, prudencia y discreción.

Era una mujer que sabía vivir.

Y tanto sabía vivir, que vivía á costa de los demás.

Cada día de la semana comía en una de las casas de la aristocracia, todas las tardes paseaba en coche ajeno por la Castellana, y cuando lo necesitaba á otra hora no tenía más que hacer que pedirlo á alguna de sus amigas; en todos los teatros tenía sitio de preferencia en los palcos de las más opulentas familias; de modo que su renta le bastaba para vestir y pagar á sus doncellas, y aun ahorraba dinero.

La duquesa de las Lilas la llevaba en Agosto y Setiembre á su *chalet* de Biarritz, y ántes pasaba Junio y Julio en la villa de los condes de Ramo Verde, y era de todas las fiestas, de todas las expediciones, luciendo más que ninguna, y todo sin gastar una peseta.

Vea el lector si sabía vivir Catalina Lopez.

La vanidad de la marquesa estaba satisfecha.

Ocupaba uno de los primeros puestos en lo que se llama el gran mundo.

Con esta señora fué á vivir la huérfana.

La marquesa vivía en la antigua casa de la familia de su marido, una casa destartada, irregular, fea, pero que tenía todo el sello de la antigua nobleza, con su escudo de armas sobre la puerta y sobre los balcones: todo transeunte, al pasar, si reparaba en aquella casa, decía: Aquí vive un grande.

Por nada del mundo hubiera cambiado la marquesa aquella casa, que, vendida, podría haberla producido para comprar otra moderna, y aun hubiese quedado mucho dinero. Aquella antigüedad halagaba mucho su vanidad.

Una tarde, restablecida ya de su enfermedad la hermosa Magdalena, la marquesa la habló en estos términos:

—Querida mia, es preciso que procures lanzar de tí esa melancolía que tanto me apena.

—Tia, mi desgracia es muy grande.

—Sí, hija mia, muy grande; pero hay que tener conformidad y valor, y no abandonarse á la tristeza y al desaliento.

—Mi pobre padre.

—¡Pobre! Dios le tenga en la gloria; pero confiesa que su abandono no tiene disculpa. Teniendo una hija acostumbrada á todos los favores de la suerte, debía haber pensado algo más en tí; debía no haber comprometido toda su fortuna: debía haber hecho tu parte, y haberlo todo previsto para que, á su muerte, no te hallaras en la calle.

—La muerte le sorprendió.

—Un hombre que tiene familia que le sobreviva, no debe ser sorprendido por la muerte; debe adelantarse á asegurar el porvenir de sus hijos.

—¡Ay, tia! ser pobre, ¡qué horrible despertar!... ¿Qué he hecho yo para que Dios me castigue así?...

—No desesperes, Magdalena; eres jóven, eres bella, tienes talento, y puedes hacer un casamiento ventajoso.

—¡Ah!... ¡Fernando!... El es ya mi única esperanza.

—¿Fernando es aquel secretario de tu padre?...

—Sí, tia mia; Fernando me ama sobre todas las cosas de este mundo, y cuando sepa el estado en que me hallo, estoy segura de que volverá apresuradamente á ofrecirme su fortuna y su nombre.

—¿Y sabes que tiene fortuna?...

—Sí, tia; cien veces me ha escrito que sus negocios van muy bien.

—¿Y si volviera pobre?...

—¡Ah! ¡qué idea!... Sería horrible.

—Pues, hija mia, no sería eso imposible; esos hombres de negocios son terribles. Confiamos en su fortuna ó en su habilidad, comprometen su fortuna cien veces, y.... cuántos he conocido yo que se han quedado pobres, y ¡cuántas familias se ven en la mayor miseria por la imprudencia de uno de esos hombres!

—Fernando es sumamente juicioso. Si él hubiera estado en Madrid, mi padre no habría muerto acaso; él con su prevision, como otras veces, hubiese evitado que mi padre hiciera nada que pudiese arruinarle.

—En fin, hay que resignarse, y tener confianza y valor.

—¡Yo reducida á la pobreza!

—No será esa tu suerte si oyes mi consejo y te dejas guiar por mí. Tú puedes hacer un casamiento ventajoso.

—Tia, yo me casaré con Fernando.

—¿Qué sabes tú?

—Por Dios, tia, él es mi prometido; mi padre aprobaba este enlace, y si Fernando se decidió á pasar á los Estados-Unidos fué porque llevaba la seguridad de mi amor, y de que yo esperaria su regreso.

—Pero, ¿quién sabe lo que puede suceder?... Las circunstancias influyen mucho en todos los actos de la vida. Tu prometido me pareció siempre un poco excéntrico.

—Es el más noble y honrado de los hombres.

—No lo niego; pero hay hombres muy honrados y muy extravagantes, sin embargo. Nunca le ví en las reuniones de tu casa, ni en los teatros....

—Tiene un carácter un poco reservado, y además trabajaba asiduamente siempre.

—Recuerdo que tu mamá no veía con gusto tu amor á Fernando.

—Porque mamá queria para mí un príncipe á lo menos; su cariño maternal era tan grande que todo le parecia poco para mí.

—Un príncipe no, pero desearía una noble alianza; tu casamiento con algun grande de España; por ejemplo, el hijo del marqués de la Azucena, que tan enamorado estuvo y está de tí.

—Tia, Fernando es mi primer amor.

—¡Ay, Magdalena! ¡si vieras qué pocas mujeres se casan con su primer amor!...

—Tia, me va V. á entristecer más....

—Dios me libre; no hablemos del asunto ahora. Lo preciso es que te restablezcas enteramente, que recobres tus bellos colores y tu hechicera sonrisa, y que vuelva tu D. Fernando pronto. Pero ha de volver rico, porque yo no permito que te cases con un pobreton. ¿Te casarías tú con un pobre, con uno todavía más pobre que tú?

—Tia....

—Contesta.

Magdalena iba acaso á contestar que no, pero no se atrevió.

—No sé, dijo, no hablemos de eso, tia, ¡Ay! ¿cuándo volverá Fernando?

Y pregunto yo.

¿Tendria la marquesa del Rosal algun motivo de aversion ó antipatía hácia Fernando?

(Se continuará.)

*
* *

COLECCION DE TIPOS POPULARES.

EL CATA-SALSAS.

Por vuestra mala fortuna siempre le veis de bureo, en la boda ó el bateo, sin llamarle en parte alguna.

Atento á la voz de un *tóme*, en cuanto huele ó repara, mete al punto su cuchara, y os adula cuando come.

Ya feliz, ya compungido, segun el caso lo exige, mientras se alegra ó se aflige de todo saca partido.

Chupa, critica, comenta, corta, trincha y desmorona, y cualquier guiso sazona con guindilla y con pimienta.

Ocultando su doblez, y ansioso de que arda Troya, mecha en trozos de tramoya lonjas de chiste soez.

Almas tritura con arte, las adoba con veneno, y se marcha muy sereno con la música á otra parte.

Estúpido ó perspicaz, hipócrita ó fanfarron, viene á ser su corazon el reverso de su faz.

Nunca está quieto ni solo; pues por ver, catar y oler, será capaz de correr desde el uno al otro polo.

Si le prestas tu escudilla, la hallará pobre y escasa; y si penetra en tu casa, dí que ha entrado la polilla.

Todo lo quiere gustar; mas ¡ay! que nada le place:

ningun guiso satisface
su endiablado paladar.

En la virtud hinca el diente
y en la honradez pone mengua:
nunca se cansa su lengua
viparina y maldiciente.

Con reticencias mancilla;
es el *pero* su manjar,
y el mentir y el calumniar
son su mejor comidilla.

Si hay que pagar, se hace el sordo;
si hay que tomar, anda listo,
y al hacer del mundo un pisto
él va haciendo el caldo gordo.

Tal gula tiene este hambro,
que, para refocilarse,
será capaz de tragarse
su propia reputacion.

Por sus instintos é intentos
Cata-salsas le han llamado,
y alguien le ha denominado
gorron y *destripa-cuentos*.

De todo tiene en verdad;
y en el inmenso teatro
de la vida, más de cuatro
nos catan la sociedad.

Mas yo ví las consecuencias
desprovistas de gracejo
que ocasiona este *tipejo*,
tan lleno de inconveniencias.

Por lo cual, soy de opinion,
que cuando al paso le halleis,
con toda el alma debeis
lanzarle la excomunion.

O al ver sus risitas falsas,
imploreis á Dios que vibre
un rayo, que al mundo libre
del funesto *Cata-salsas*.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

*
**

UNA OFICINA DE COLOCACION.

Son las ocho de la mañana.

Mr. Renard, envuelto en una bata de tartan,
contemporánea del rey Carlos X, y cubierta la
cabeza con un gorro de veludillo color de ala de
mosca, acaba de bajar á su *oficina de colocacion*

y de instalarse ante la mugrienta mesa de pino
que le sirve de escritorio.

A los pocos minutos, se abre la puerta de
cristales que pone en comunicacion la oficina
con el patio de la casa, y entra, no sin dificul-
tad, una matrona de cien kilogramos de peso,
cuyo rollizo y rubicundo rostro encuadran los
rizados encajes de una immaculada y majestuosa
papalina. Es Mad. Renard.

Antes de pasar más adelante debo consignar
aquí que el gorro y la papalina son en Francia
dos coberteras indispensables en toda cabeza
que se respeta un poco. Encontrar en el interior
de las habitaciones un hijo de San Luis, sin el
uno, ó una nieta de Fredegunda sin la otra, es
tan raro, como hallar un fondista escrupuloso
de conciencia y un automedonte que no sea in-
solente.

El gorro francés, cualquiera que sea su for-
ma, se mantiene en los límites de lo razonable.
No así la papalina, cuyo abuso raya en lo es-
candaloso. Las proporciones de la que gastan
las aldeanas de algunos departamentos son tan
monumentales, que la portadora desaparece por
completo bajo el almidonado castillo que la
cubre.

Prosigo mi cuento.

Mr. y Mad. Renard son el matrimonio más
feliz de la tierra.

El tiene cuarenta y tres años, ella cuarenta
y uno.

El es bajo de cuerpo, enjuto, pálido y bar-
balampiño; ella es alta, hipopotámica, bermeja
y bigotuda.

El se llama Felipe; ella Casilda.

Felipe servia de ayuda de cámara á un ban-
quero de la plaza Vendome: Casilda estaba de
cocinera en la misma casa.

Desde el primer dia en que Felipe entró en
la cocina á limpiar las botas del amo y vió á
Casilda frente al fogon, remangada hasta el
codo y con dos brazos como dos muslos, se dijo
para su colete:

—Esta mujer me conviene!

Y añadió en voz alta:

—¿Me hace V. el favor de darme el bote del
betun, alma mia?

—Espere V. que acabe de arreglar esta perdiz.

—¿Quiére V. que yo le ayude?

—A caer?

—En mis brazos?

Y le pasó el izquierdo por el talle.

Casilda le miró de hito en hito, soltó la carcerola que tenía entre manos y cogiéndole por los fondillos y por el fogote le puso en mitad del corredor y cerró la puerta.

—Pues señor, esta mujer me conviene!—repitió Felipe.

—Este hombretín haría un buen marido!—murmuró Casilda al volver al fogón.—Es ligero como una pluma y de la primera guantada....

Desde aquel día, Felipe y Casilda conocieron que habían nacido el uno para el otro y formaron una alianza ofensiva, cuyos principales artículos eran:

1.º No limpiar nunca una prenda del amo sin hacer la misma operación en los bolsillos.

2.º No permitir la entrada en la cocina á los abastecedores que se negaran á pagar el derecho de puertas y consumos.

3.º No volver de la compra sin efectuar una razonable sisa.

4.º Capitalizar el producto de los anteriores artículos para unirse en lazo indisoluble y establecerse lo más pronto posible.

Esta alianza, que las humildes partes contratantes observaron escrupulosamente, duró tres años. Las limpiaduras de Felipe habían producido nueve mil francos; la aduana y las sisas de Casilda, siete mil. Total, ochocientos luises de oro.

La cocinera y el ayuda de cámara abandonaron la casa del banquero para santificar sus castos amores ante la banda tricolor del alcalde del barrio.

Felipe y Casilda tenían una vocación común: ámbos aspiraban á ejercer un comercio que les permitiera ser la providencia del pobre. Sus nobles almas no habían permanecido indiferentes al espectáculo de la miseria en que viven las últimas clases de la sociedad parisiense.

Con los tres mil duros de sus economías se establecieron en un tugurio de la calle San Honoré y se dedicaron á la compra de.... reconocimientos del Monte de Piedad, industria que puede dar quince y falta á la que ejercen los

caritativos prestamistas de la villa del madroño.

Felipe y Casilda quedaron iniciados, desde las primeras operaciones, en todos los misterios de la profesión. A los pocos meses de ejercerla, una simple ojeada les bastaba para conocer la situación de estómago del parroquiano y sus grados de hambre. Inútil es decir que cuanto más canina era esta, más exprimían el jugo los honrados comerciantes y mayor utilidad sacaban del negocio.

Como los tres mil duros crecían que era un portento, y como la industria no exigía un gran capital, Felipe y Casilda depositaron en casa de su antiguo amo, á un interés razonable, la mayor parte de su haber.

Este fue su primer tropezón en la carrera industrial:—el banquero quebró á las pocas semanas, y los 16.000 francos de la antigua alianza y la mitad de los beneficios realizados con ellos, volvieron á la fuente de donde habían salido.

Una desgracia nunca viene sola. Al día siguiente al de la quiebra el comisario del distrito se presentó en casa de los esposos Renart con dos agentes de policía y los llevó á la prefectura para que dieran explicaciones respecto á la compra de ciertas alhajas efectuada por ellos sin las formalidades que exige la ley. Las alhajas procedían de un robo, las explicaciones parecieron algo turbias, y Felipe y Casilda fueron condenados á cinco meses de cárcel y á cien francos de multa, no por encubridores, sino por estas cuatro líneas de sus libros de asientos:

«Por una cadena de oro de 55 gramos y un *cornómetro*, también de oro.... 120 francos.»

«Por tres brazaletes de oro, una sortija con un brillante y un alfiler de pecho.... 98.»

El cronómetro era un breguet, y él solo valía veinte onzas como un ochavo.

Este contratiempo los disgustó del oficio y buscaron una industria menos expuesta á recibir la incómoda visita del señor comisario.

Una vez libres, reunieron los restos del naufragio y abrieron en el faubourg Montmartre un *bureau de placement*.

De esta manera no salían del círculo de su vocación y continuaban siendo, bajo otra forma, la providencia del pobre.

Ahora que ya conocen ustedes, física y moralmente, á los esposos Renard, entremos en su nuevo establecimiento y veamos de qué modo ejercen la humanitaria industria de *procuradores de empleos*.

—Aquí tienes tu chocolate, Felipe,—dice Casilda depositando sobre la mesa un tazon y un panecillo.—¿Has colgado el cuadro á la puerta de la calle?

—No, hay que cambiar un anuncio.

—¿Cuál?

—El de la dama de compañía.

—Mira que es el mejor que hemos tenido.

—Sí, pero ya está muy gastado; hace tres dias que nadie pregunta por él.

—¿Y qué vas á poner en su lugar?

—Eso estaba pensando. ¿Pido una criada?

—Tenemos siete.

—¿Una niñera?

—Hay ya cinco.

—¿Un cochero?

—No, algo que sea más llamativo y más decente:

Felipe coje la pluma y escribe en una cuartilla.

«Se necesita un jóven instruido y de buena presencia para secretario particular de una señora sola.—Tres mil francos de sueldo.»

—¿Qué te parece, Casilda?

—No me parece mal anzuelo.

—Pues coje el engrudo y pégale mientras yo tomo el chocolate.

*
* *

Media hora despues de haberse puesto en la puerta de la calle el cuadro de anuncios con el anzuelo del secretario, un jóven de fisonomía triste y demacrada se presenta en la oficina y hace un profundo saludo á los esposos Renard.

—¿En qué podemos servirle á V....?—dice D. Felipe ofreciéndole una silla.

—Ese anuncio que he visto en la puerta...

—¿Cuál de ellos?

—El del secretario.

—Ah! sí, es una gran colocacion!

—Eso me parece.

—Una colocacion magnífica!... poco trabajo, buen sueldo y mucha independenciam.

—Si V. me hiciera el favor de darme las señas de la señora...

—Amigo mio, llega V. un poco tarde; hace diez minutos que le he mandado un secretario y hasta que no sepa si le conviene....

—Lo siento!

—Y yo tambien. Pero no pierda V. la esperanza; el sugeto en cuestion tiene pocas probabilidades de ser admitido: su presencia no es de las más ventajosas y se me figura que no posee la instruccion necesaria.

—¿Y cuándo podré saber el resultado?

—Muy pronto. Deme V. su nombre y sus señas y se le avisará á domicilio. Quiere decir que si no es esa colocacion tendrá V. otra tan buena como ella.

Felipe inscribe en su registro el nombre del pretendiente y añade:

—Aquí las tenemos de sobra todos los dias... y no exigimos, como en otras oficinas, el seis por ciento del sueldo del primer año. Con un franco cincuenta sale V. del paso.

—Uno cincuenta?—dice el jóven palideciendo visiblemente.

—Ya vé V. quo no puede ser más económico. El papel y el franqueo de las cartas de aviso valen más.

El aspirante á secretario particular de la señora sola registra todos sus bolsillos y á duras penas consigue reunir los treinta sueldos.

En esto aparece en escena un nuevo pretendiente.

Felipe se embolsa los cuartos y hace al primero un ademan de cabeza que, á no dudarlo, significa:—«Aquí sobra un primo!»

*
* *

Embozado en una mugrienta levita y con una cara capaz de dar un susto al miedo, el recién venido tiene todas las trazas de un desertor de presidio.

—¿Sirvo yo para secretario de esa señora?—dice entrando en materia sin mas preámbulo.

—Perfectamente!—responde Felipe con la mayor gravedad.

—Y es jóven? añade guiñando el ojo.

—Quién?

—La señora.

Felipe adivina los humos conquistadores de su parroquiano.

—Jóven, guapa y muy rica!

—Me alegro, porque á mí no me gustan las amas viejas; son muy gruñonas. Conque si le agrado y hacemos negocio...

—Hay un inconveniente.

—¿Mi edad?

—No, señor, V. es todavía jóven. El inconveniente es que la persona que acaba de salir de aquí lleva las señas, y no puedo dárselas á usted hasta saber si le admiten.

—Voto á sanes....! yo me adelantaré!

—Imposible! aquí todo el mundo vá por turno. ¿Quiere V. que le inscriba para avisarle?

—Pues no he de querer....? cuánto cuesta?

—Dos francos.... Yo no llevo tanto por ciento.

—Allá van.

—Su gracia de V.?

—Arturo Lecoq, 18, calle de la Chapelle. No deje V. de avisarme en cuanto haya alguna novedad.

—Descuide V.

—El Sr. Renard?—dice una voz tímida entreabriendo la vidriera.

—Servidor de V.... Adelante.

—¿Qué condiciones se necesitan para esa plaza de secretario que V. anuncia?

—Ya las habrá V. leído:—buena presencia, alguna instruccion y náda más.

—Buena presencia... ¿en qué sentido? esa frase es muy elástica.

—Quiero decir un aire inteligente y un vestido decentito.

El candidato echa una mirada involuntaria á su raído gaban.

—¿Cree V. que me admitirian si yo me presentase?

—¿Por qué no?

—Es que ¡si viera V. qué bien me vendria ese destino! ¡es tan crítica mi posicion! Soy viudo, tengo cuatro hijos y apenas gano para comprarles pan!

—Pues con ese empleo salia V. de apuros.

—Vaya si salia! con tres mil francos se vive; si V. me recomendara á esa señora....

—Veo que no tiene V. suerte. Acabo de mandarle un secretario y hasta que no sepa si le toma no puedo comprometerme.

—Qué fatalidad! yo siempre llego tarde.

—No se desanime V. Lo que nos sobran todos los dias son destinos. Voy á inscribirle en el registro y antes de poco tiempo estará usted colocado. Casilda, no le cobres al señor mas que un franco de derechos.

A esta indirecta, el pobre viudo echa mano al bolsillo y sacrifica en aras de la esperanza el pan de dos dias.

Las anteriores escenas se repiten cada quince minutos.

Así que llega á la noche, Felipe y Casilda hacen la *caisse* y anotan en el libro de entradas:

«Dia 26.—Producto del anuncio del secretario particular.... 19,50.»

Concluido el arqueo, los honrados cónyuges cierran la puerta y se ván al café de enfrente á tomar un aperitivo.

Mr. Renard piensa retirarse de los negocios dentro de algunos años para vivir de sus rentas en Bor-le-Duc, su pueblo natal.

¿Quién sabe si algun dia le nombrarán alcalde y adornará su pecho la cinta de la Legion de honor!

Felipe y Casilda no son en París los únicos explotadores de la miseria pública.

Las oficinas de estafa autorizadas por la ley, (llamadas impropriamente *bureau de placement*), ascienden en la capital del imperio francés á la respetable suma de 285!

N. B. Los propietarios de estos establecimientos forman algunas veces parte del jurado en el tribunal del *Assises* del Sena.

FEDERICO DE LA VEGA.

París.

La Sra. Doña Patrocinio de Biedma y el señor D. Antonio de Trueba, nos han honrado, escribiendo expresamente para EL CASCABEL las dos bellisimas composiciones que á continuacion publicamos, y por las que EL CASCABEL les queda cariñosamente agradecido:

SONETO.

Al príncipe de los ingenios españoles D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Al dejar tú la pluma, ilustre anciano,
El Parnaso español viste de luto,
Que era tan bello de tu pluma el fruto
Como es grande ese génio soberano.

¡No puedes ya escribir! Torpe la mano
Niega á tu pensamiento su tributo;
Mas qué importa, si en nada es absoluto
El poder, mero agente de lo humano!...

En tanto que con luz desconocida
Vibre en tu frente el rayo de la idea,
Mientras Dios guarde tu preciosa vida,
Con mano agena ese tesoro crea,
Que no tienes derecho á que extinguida
Su luz divina en tu silencio sea!

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz, Julio, 1877.

*
**

CUESTION DE NOMBRE.

(En un álbum.)

I.

Paca, de juicio me saca
que una chica tan discreta
indiscreciones cometa
cual la de llamarse Paca,
pues si en la sal sobresales,
es natural que me asombre
de que desdeñes el nombre
de San Francisco de Sales,
y como el vulgo macaco
encuentres donaire y chiste
en un nombre que no existe,
porque no existe san Paco.

II.

Paca, ó yo no entiendo pizca
de lógica ni de arte
ó como debes llamarte
es solamente Francisca;
que aunque este nombre no encanta
y aun disuena un tanto cuanto,
como es el nombre de un santo,
viene de molde á una santa,
y segun los lexicones
de nuestro idioma nativo,

Paca es nombre privativo
del comercio de algodones.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

*
**

DOS LLAMAS.

(EN UN ABANICO.)

¿Por qué te abanicas
con tanto coraje,
que yo no te veo
parar un instante?
¿Qué importa que muevas
y agites el aire,
si tienes por ojos
dos llamas tan grandes?
¿No sabes acaso,
si oiste cantares,
qué pasa á los fuegos
que soplan los aires?
Pues sepas que apagan los chicos
y encienden los grandes.

M. JORRETO.

*
**

SUEÑOS.

¡Ay! soñé que no soñaba,
y en amoroso embeleso
mi rostro al tuyo acercaba,
y en tu boca estampé un beso.

A su incitante armonía
desperté con ansiedad,
y aun ver tu imágen creía
flotando en la oscuridad.

En mis sueños de poeta
con tu amor vivo luchando,
mas no es mi dicha completa,
¡siempre te beso soñando!

F. ALVAREZ UCEDA.

*
**

EL AVARO.

(TRADUCCION DEL INGLÉS.)

Murió un avaro y como es consiguiente le
enterraron. Llegó á las orillas de la laguna
Estigia para atravesarla en la barca, reunido

con otros manes. Caronte le pidió el precio del pasaje, y se quedó sorprendido al ver que el avaro, en vez de pagarle, se arrojó al agua y pasó á nado hasta el lado opuesto, sin hacer caso del clamoreo, de la oposicion y del tumulto que se armó en todo el infierno. Los jueces se dedicaron á pensar acerca de qué pena seria proporcionada á un crimen de tan peligrosas consecuencias para las rentas de aquel reino: ¿se le encadenaría á la roca en union de Prometeo? ¿Se le haría ir al precipicio para acompañar en su castigo á las hijas de Danao? ¿Debería ayudar á Sísifo en su tarea de hacer rodar una piedra?

—No, dijo Minos, nada de eso; debemos discurrir un castigo más severo: le dejaremos volver al mundo para que vea el uso que hacen sus herederos de las riquezas que fueron suyas.

ESTEBAN MACRAGH.

(Hume.)

*
* *

NOTA PARA LOS SEÑORES SUSCRITORES

que han recibido hasta ahora solo la edicion económica.

El error cometido al ofrecer la suscripcion por 12 rs. al año; el exceso de precio en las tarifas de correos, con que entonces no se contaba; la necesidad de suprimir la edicion económica, cuyo mal papel estropea los tipos; la confusion á que dá lugar la diferencia de suscritores, hacen materialmente imposible la vida del CASCABEL, el cual, á todo trance necesita quedar organizado definitivamente. Para esto cuenta con la excesiva bondad de ustedes, rogándoles le ayuden cada uno con un pequeño esfuerzo, aceptando las siguientes bases:

EL CASCABEL se publicará quincenalmente en un cuaderno como el presente de 20 páginas, con lo que ustedes ganan, pues recibirán al mes 8 páginas más que antes.

De vez en cuando hará á ustedes un regalo consistente, por lo regular, en billetes de lotería, libros, cuadros, alhajas, etc.

Para esto, y para recibir EL CASCABEL hasta Enero de 1878 si tienen ustedes pagada la suscri-

cion hasta fin de Diciembre, enviarán 8 rs. á la administracion,

si hasta fin de Noviembre.... 9

si hasta fin de Octubre..... 10

si hasta fin de Setiembre..... 11

si hasta fin del presente Agosto. 12

y si hasta fin del pasado Julio. 13

Comparen ustedes y verán que se les pide muchísimo menos que á los suscritores nuevos, á quienes les cuesta un semestre 18 rs.

Si como no es de creer, pues todos ustedes son personas muy sensatas, de buen gusto y gran criterio, alguno se empeña en defender su derecho á recibir todo el año EL CASCABEL, porque así se le ofreció, debe comprender que tambien el correo nos costaba casi la mitad que hoy nos cuesta; á pesar de todo, si en tal cosa se empeña, lo avisará á la administracion, la cual le enviará un libro que valga tanto ó más que lo que se le deba, dejando de recibir EL CASCABEL.

Para la contestacion se establece lo siguiente:

El suscriptor que conteste enviando la cantidad que le corresponda, seguirá recibiendo EL CASCABEL con los regalos que le pertenezcan.

El suscriptor que conteste pidiendo el libro, le recibirá en todo el mes de Octubre, porque hay que ver cuántos se necesitan.

El suscriptor que no conteste, se entiende que renuncia á recibir EL CASCABEL.

Las contestaciones se dirigirán antes del 25 del presente mes de Agosto, á nombre del director, Valencia, calle de Caballeros, 53, principal, donde por ahora queda establecida la administracion.

Este número se envía tambien á los suscritores cuya suscripcion ha vencido, por si gustan renovarla.

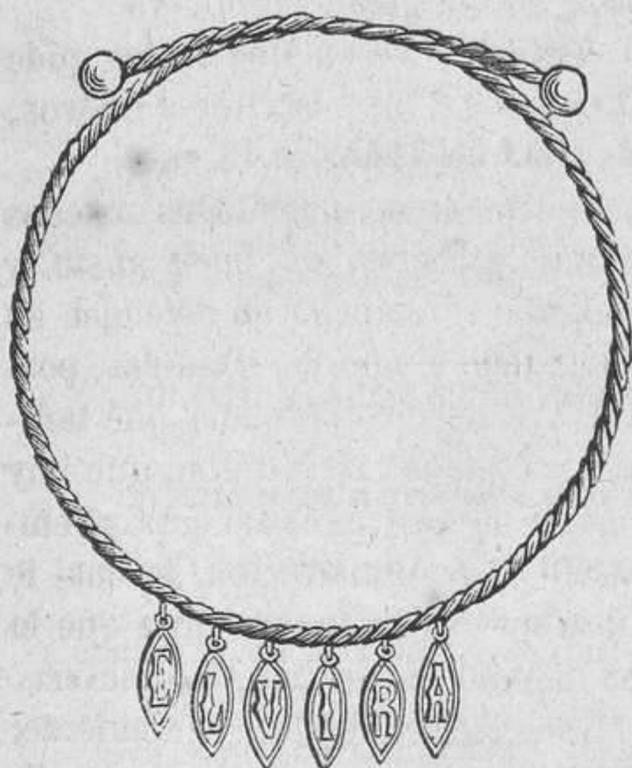
No van en este CASCABEL, sino en el siguiente, los 100 números para la rifa del cuadro, esperando saber qué suscritores quedan, para que todos disfruten de tal obsequio.

Tambien en el siguiente número se dará cuenta de los libros recibidos en la redaccion, pues habiendo estado el director de baños, no se sabe los que habrán llegado.

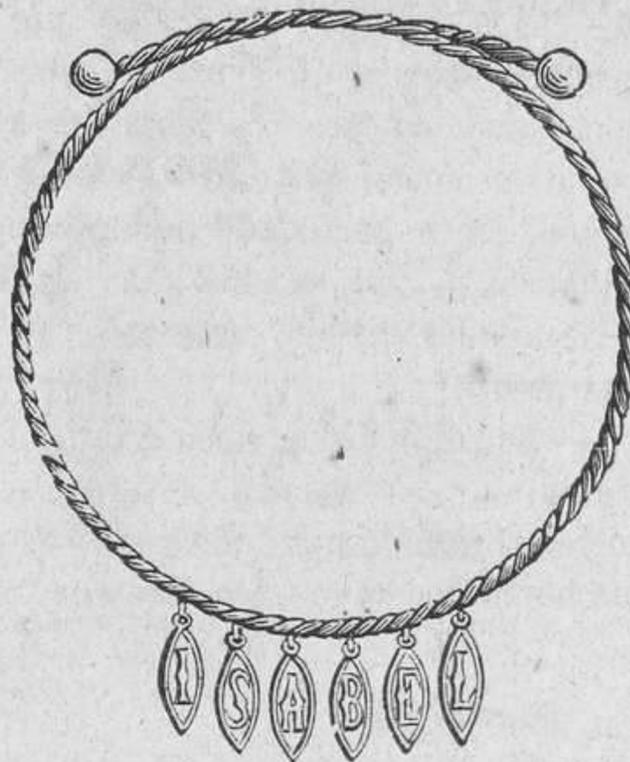
VALENCIA.—Imprenta de M. Alufre, Quevedo, 17.

 ANUNCIOS DEL CASCABEL.-PRECIOS CONVENCIONALES.

PULSERAS NOVEDAD.


LOS DIBUJOS

aquí indicados, son los que se usan hoy en París por su gran capricho y última novedad


JOYERIA Y RELOJERIA

DEL

BAZAR DE YBO ESPARZA.

Estas pulseras son de plata y se hacen

¡EN CINCO MINUTOS!

con los nombres que se deseen, al precio de

50 REALES.

33, Montera, 33, Madrid.

Se envían fuera á los que las pidan, dirigiéndose en carta certificada, con el importe, al Sr. Ybo Esparza, Madrid, Montera, 33.

PLATA MENESES.

PRIMERA CASA EN ESPAÑA EN CUBIERTOS DE METAL BLANCO GARANTIZADO,

servicios de metal blanco para uso doméstico, fondas, cafés y vapores,

ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS PARA IGLESIAS Y ORATORIOS, IMITACION PERFECTA Á LA PLATA DE LEY, EXPORTACION Á PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

ESPECIALIDAD EN PLATEAR, DORAR Y OXIDAR,

L. MENESES É HIJO, PRÍNCIPE, 7, MADRID.

ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SIFILÍTICA, ANTI-VENÉREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura breve y radicalmente la sífilis, el venéreo y las herpes en todas sus formas y períodos.—50 rs. botella.

INYECCION MORALES.—Cura infaliblemente en muy pocos dias, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo flujo blanco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente á la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PÍLDORAS TÓNICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de cada nacion.

DEPOSITO GENERAL:

Dr. MORALES, Espoz y Mina, 18, MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista en sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia.—Admite CONSULTAS POR ESCRITO, previo envío de 40 reales en letra ó sellos de franqueo.—ESPOZ Y MINA, 18, MADRID.

TIMBRES PARA CARTAS.

CON LA MAQUINA NORTE-AMERICANA.

Cajas de papel desde 6 rs. en adelante.

Se timbra gratis en cuatro colores el papel de la casa con letras enlazadas y oblongas.

Timbres imperiales sin necesidad de plancha, 40 rs. el ciento. Timbres en alto relieve, 10 rs.—papel inglés y del Japon.

Mendoza, Puerta del Sol, 15.

JARABE DE QUINA FERRUGINOSO

IODOBROMURADO.

DEL LIC. DON JACINTO MORENO.

Este jarabe está sustituyendo con notabilísima ventaja al aceite de hígado de bacalao, especialmente en la clorosis, anemia, escrófulas, raquitismo, histerismo, etc.

Depósitos, *Sres. Ulzurium y Angulo.*

Se sirven pedidos hechos al autor en Almagro, provincia de Ciudad-Real.

CUENTOS FANTASTICO-MORALES

POR

MANUEL JORRETO PANIAGUA.

Está en prensa la 3.^a edicion, que contiene 12 cuentos, lujosamente impresos.

Precio 8 rs.

Se admiten pedidos en la Administracion de EL CASCABEL, Madrid, Mayor, 123.

LA EDUCACION.

Librería la más antigua en el ramo de primera enseñanza.

Completo surtido de libros y menaje para escuelas.

Devocionarios de todos precios y encuadernaciones.

Grandes descuentos en los pedidos por mayor. Pídase catálogo á D. Eugenio Sobrino. Vergara, 10, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

CON LA

CRÓNICA DE LA GUERRA DE ORIENTE.

Director propietario, D. ABELARDO DE CARLOS.

Se suscribe á este acreditado periódico, primero en su clase en Europa y América, en la administracion, calle de Carretas, 12, Madrid.

LAS TIENDAS,

por Frontaura.

Seis reales en Madrid y siete en provincias.

CUENTOS DE SALON.

Cuatro reales tomo en toda España. Suscripcion permanente á obras de lujo. Devocionarios, cromos, estampas.

Librería de Sanchiz, Matute, 2.

DERECHO ADMINISTRATIVO PROVINCIAL Y MUNICIPAL.

POR

D. FERMIN ABELLA.

Esta importantísima obra, indispensable á todas las Diputaciones y Ayuntamientos, acaba de publicarse en cinco tomos, con 4.000 páginas de lectura, y se remite certificada por 32 pesetas á los que la pidan al autor, calle de las Torres, 13, Madrid.

VIAJE ECONÓMICO A LA EXPOSICION DE PARIS DE 1878.

SOCIEDAD DIEZ Y SEVERINI.

EL CASCABEL sigue admitiendo suscripciones á esta acreditada sociedad, que llevará, traerá y dará de comer quince dias á sus suscritores en París durante la Exposicion.

Se envian prospectos á quien los pida.

CHOCOLATES

DE

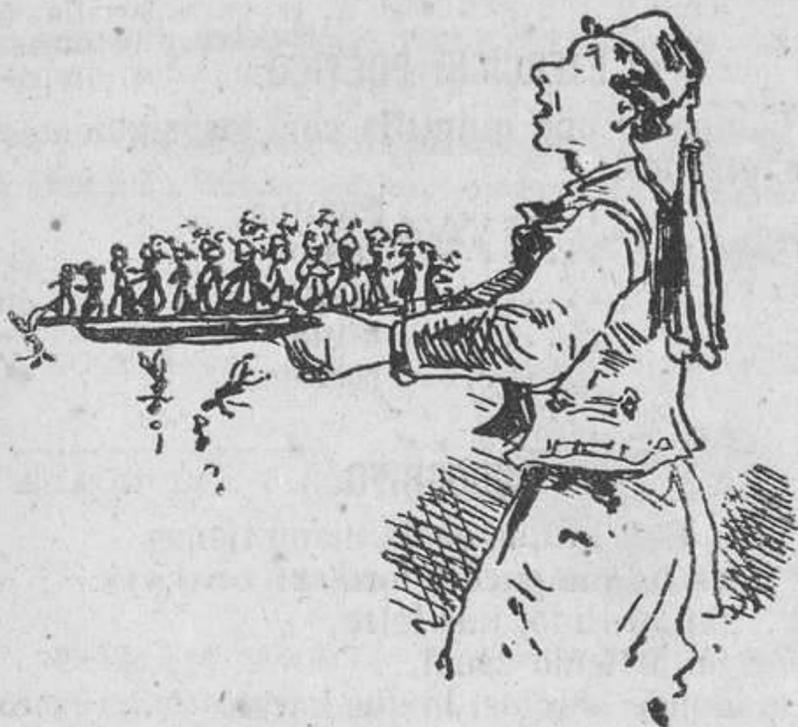
MATIAS LOPEZ Y LOPEZ:

MADRID-ESCORIAL.

Se venden en los establecimientos más importantes de España, y, á fin de que no los confundan con otros, exigid la verdadera marca y nombre.

INVENTOS DE ACTUALIDAD.

EL HOMBRE ARTIFICIAL.



Gracias á la sabiduría de Mister Old-ass, los hombres podrán venderse por arrobas como los nabos y las patatas.

Las naciones beligerantes reciben continuamente remesas de ellos para aumentar la fuerza de sus ejércitos.

LUZ ELÉCTRICA.



En el Palacio de la Industria de París se ha ensayado una luz eléctrica, que ni el sol tiene que ver con ella.

Con tal motivo, un amigo de la ciencia económica sube á dar un soplo al astro del día.

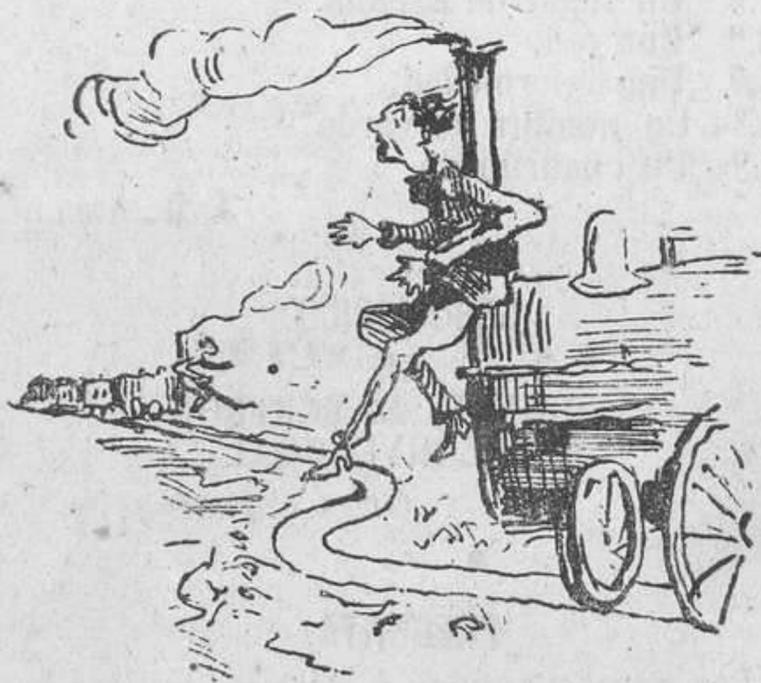
EL TELEFONO.



Se ha descubierto un aparato con el cual se trasmite la música lo mismo que las palabras.

Un diletanti aprovecha el sueño de la Nilson á ver si, por medio de un hilo eléctrico, puede extraer toda su música, á fin de ganarse sus 28.000 francos diarios.

CONTRA LOS CHOQUES.



En medio de tanto invento algo habia de inventar EL CASCABEL, y ha inventado un contra-choques.

El aparato es muy sencillo: un tornillo sujeta en una máquina á un diputado de la derecha; otro sujeta en otra á uno de la izquierda, y ya se las puede lanzar á todo vapor, que el efecto es seguro.

come ó nó todo:
te lo pregunto,
porque, si la has cazado
diraslo al punto.

UGARRIZA.

III.

Si con o se concluyera,
así como en a concluye
la segunda,
lo que es el *todo* dijera
que el campo por donde fluye
le fecunda.
Tú eres la *prima* que antaño,
invertida se cantaba
en el solfeo,
y que segundas no extraño
si mi charada no acaba
tu deseo.

PROBLEMA.

Con la mitad que es un fuego
y un juego la otra mitad,
un todo hacer, que á la guerra
vaya á convertirla en paz.

CUADRADO DE PALABRAS.

a . a . a . a . a .
a . e . e . e . e .
o . o . o . s . s .
r . r . d . d . l .
l . m . m . m . n .

- 1.º Un lugar de España.
- 2.º Una red.
- 3.º Una enfermedad.
- 4.º Un nombre de varon.
- 5.º Un cuadrúpedo.

J. R. ANUL.

GEROGLÍFICO.

EL
NEONVOIN EAMCBTROE
CLOELCHYUGGOAL

Owen Carrachaque.

PREGUNTA.

¿Por qué no ayudan á misa las mujeres?

ANAGRAMA.

CINTAS—PLATON—NO.

Con estas tres palabras formar un nombre
propio y un apellido que, unidos, compongan
una ciudad.

FUGA DE VOCALES.

.s c.m. .n .rr.y. .l v.c..
q.. p.r.n. c..st. b.j.
h.st. q.. .l .b.sm. .nc..ntr.
n.nc. s. c.rr..nt. p.r.

EJERCICIO POÉTICO.

Componer una quintilla con los siguientes
piés forzados:

..... esquina
..... ramo
..... divina
..... atina
..... reclamo.

LOGOGRIFO.

Con lo que en la mano tienes
vé lo que puedes formar:
un apellido, una letra,
un artículo usual,
donde habitas, lo que haces
solo, por lo regular,
con lo que empieza un estanco,
con lo que hiendes el mar,
con lo que cortas la vida,
con lo que acaba un seglar,
con lo que aplaudes un drama,
con lo que puedes volar:
lo que hace á una amante el suyo
y otra cosa que hace más:
goma y tierra con que pintas
el cielo y la oscuridad;
por lo que es el sábio sábio;
y gana el hombre un jornal;
por lo que uno no está dentro;
lo que se suele cambiar;
con lo que á una estatua sostiene;
nombre de mujer vulgar;
con lo que una res se mata,
y lo que con ella harás,
una víctima inocente,
y ochocientas cosas más.

TEATROS.

RETIRO.—Deseosa la empresa del jardin del
Buen Retiro de complacer al público que tanto
la favorece, y á fin de dar más variedad á los
espectáculos, ha contratado á la célebre Filo-
mena la bella italiana, *Reina velocipedista*, para
un corto número de representaciones.

PRINCIPE ALFONSO.—Continúan llevando
á este afortunado circo una numerosa y esco-
gida concurrencia las aplaudidas obras *¡Por un
anuncio!* y *Los madriles!* que aconsejamos á
ustedes no dejen de verlas.

VALENCIA.—IMP. DE M. ALUFRE.